

HISTORIA

DE LA

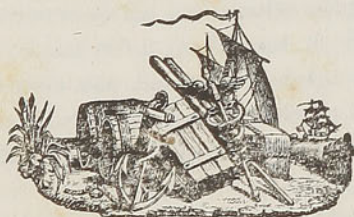
Revolucion Hispano-Americana:

Por D. Mariano Corrente,

AUTOR DE LA GEOGRAFIA UNIVERSAL.

Quand l'histoire serait inutile aux autres hommes, il faudrait la faire lire aux Princes. Il n'y a pas de meilleur moyen de leur découvrir ce que peuvent les passions et les intérêts, les tems et les conjectures, les bons et les mauvais conseils.

Bossuet, *Avant propos à l'Hist. univ.*



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE D. LEON AMARITA.

1829.

CAPITULO V.

M É J I C O.

Causas que prepararon la revolucion de Méjico. Pretensiones de su ayuntamiento á ejercer la soberanía durante el cautiverio del Monarca español. Celebracion de una junta popular contra el acuerdo de la Real Audiencia. Vacilacion del Virei Iturrigarai. Su deposicion por influjo de los europeos, i delegacion del mando en el general Garibaldi. Salida de Iturrigarai para la península. Posicion de Nueva España á fines de 1809.

Se hallaba á la cabeza del Vireinato de Nueva España don José Iturrigarai, cuando en 8 del mes de junio de 1808 llegaron á aquel pais las noticias de las ocurrencias de Aranjuez del 19 de marzo. El advenimiento al Trono de nuestro augusto actual Monarca, i la caida de don Manuel Godoi, gran privado en el reinado anterior, causaron las mas vivas sensaciones de placer i alegría; pero no fueron estos sentimientos tan intensos de parte del Virei, mas bien al parecer por gratitud á su decaido protector, que por falta de amor al nuevo Soberano. Estas consideraciones, ó tal vez el estupor que se apoderó del ánimo de Iturrigarai, i la irresolucion que se notaba en sus providencias, en la que se echó de menos aquella manifestacion pública que suele acompañar á todos los actos espresivos de grandes i faustos acontecimientos, arrojaron los primeros síntomas de la desconfianza ácia dicha autoridad.

Igual trepidacion se observó al arribo de las noticias de las transacciones de Bayona; de aquí las diversas conjeturas i

el perderse la imaginacion de los políticos observadores sin atinar la verdadera causa de tan misteriosa conducta.

Los mejicanos no se habian contaminado todavía con las doctrinas revolucionarias, ni habian formado mas aspiraciones que por sostener el poder del Monarca español, i el imperio de la religion. Un indio que alegó derechos á la corona de Méjico, como descendiente por línea recta del Emperador Moctezuma, fue tratado como merecia su insensato proyecto. El ayuntamiento de la capital, en cuyo seno habian principiado á sembrarse las primeras semillas de la discordia, aparentando el mismo falso celo que los demas de la América española, de gobernar el pais durante el cautiverio del señor don Fernando VII, trató de aprovecharse de la vacilacion del Virei para presentarse el 18 de julio en palacio, representando « que el derecho de soberanía habia recaido en el pueblo, á quien dicho cuerpo representaba, i que habian de cesar todas las autoridades en su ejercicio hasta que hubieran recibido nueva investidura.” La inescusable perplegidad de dicho Virei dió nuevo aliento á los capitulares para insistir en sus pretensiones, á pesar de no verse apoyados por el pueblo, el que lejos de prestar un razonado motivo para que se tomase su voz, daba con sus aclamaciones al Rei i á la España evidentes pruebas de que su fidelidad á aquellos dos venerables objetos era su única divisa.

Habiendo ya dado Iturrigarai desde el principio de aquellas rebeldes escenas, señales de una reprensible indecision, pidió el voto de la audiencia sobre el partido que debia tomarse en tan críticas circunstancias: esta se opuso vigorosamente á las ilegales miras del ayuntamiento, i dejó con sus solemnes protestas sumido al Virei en mayor confusion. Las lisonjeras noticias que llegaron en 29 de julio de la heroica resistencia que preparaba la España al coloso de la Europa, llevaron al último grado de exaltacion el júbilo de los mejicanos, de cuya boca no se oian mas que espresiones de una acendrada lealtad, i votos por la conservacion del Rei i por la prosperidad de las armas de la Metrópoli.

Cualesquiera que pudieran ser las ideas del ayuntamiento i del Virei, hubieron de tomar parte en este simultáneo pronunciamiento de la opinion; pero calmada ya la efervescencia, i pasados los primeros arrebatos del entusiasmo, hizo el cabildo otra nueva representacion por el estilo de la primera. Cita el Virei al Real Acuerdo, propone la formacion de la junta; los oidores la resisten, el Virei se esfuerza en manifestar la necesidad de tomar aquella medida; protéstase de nuevo la Audiencia; pero aquella se lleva á efecto admitiendo en su seno á un crecido número de europeos i americanos distinguidos, incluso los mismos oidores i alcaldes de córte.

Conociendo el Virei lo poco grata que habia sido generalmente aquella alteracion gubernativa, anduvo mui detenido en sus deliberaciones, ni se discutieron otros principios que los de la pronta jura de Fernando VII. Esta se verificó el 13 de agosto, no habiendo sido menor la decision del pueblo en la celebracion de este acto solemne, ni menos ardientes sus sinceros votos por el Monarca español.

Algunos movimientos que se notaron posteriormente en la plebe, cuyo origen i objeto eran desconocidos, la contradiccion de sus mismos procederess victoreando al Virei, é insultando al mismo tiempo á los blancos, aumentaba las dudas i confusion de los amantes del órden. Se emprendió la guerra de pasquines entre europeos i criollos, i parece que una mano oculta iba preparando los medios de barrenar la íntima union i fraternidad que desde tanto tiempo habia existido entre los hijos de ambos continentes.

En medio de estas fluctuaciones no es de estrañar que algunos llegasen á sospechar de la fidelidad del Virei, en cuya conducta se observaba á lo menos la falta de aquel vigor i energía que se requiere para contener las commociones populares. De tal modo prevalecia la idea de que Iturrigarai estaba mui distante de reconocer el gobierno establecido en la Península, que deseosos algunos sugetos acaudalados é influyentes de ausiliar á la España sin chocar de frente con las ideas que se atribuian á dicha autoridad, se adelantaron á designarle

como primer gefe del reino en caso de sucumbir la Metrópoli, escitandole á desplegar su energía en el entretanto para enviar cuantos socorros estuviesen á su arbitrio hasta ver el fin de aquella lucha.

El mismo entusiasmo, que se habia observado en Méjico para la proclamacion de Fernando VII, habia cundido de tal modo por todas las provincias, que se verificó al momento aquel acto solemne, en algunos puntos de noche, i en otros á despecho de los intendentes ó subdelegados, que deseaban verse autorizados por órdenes superiores.

Parece que el Virei tenia mui poca confianza en los heroicos esfuerzos que pudiera hacer la España contra el dominador de Europa. He aquí la sola i verdadera causa de la traicion que injustamente se le atribuyó. No fueron pocos los que pensaron de igual modo, i que sufrieron un desengaño, tan poco conforme con los detenidos cálculos de la política.

Llegaron á esta sazón el coronel don Manuel de Jáuregui, i el oficial de marina don Juan Jabat, comisionados por la junta de Sevilla para hacerla reconocer en aquellas regiones. Reunióse inmediatamente una junta; i aunque se tocaron algunas dificultades para dicho reconocimiento, se convino la mayoría sin embargo en lo concerniente á guerra i hacienda. Se hizo traslucir por algunos el proyecto de reunir un congreso de todas las provincias de Nueva España, nombrar un consejo igual al supremo de Indias, i poner el reino en estado de defensa. El auditor de guerra don Miguel Bataller se opuso abiertamente á estas ideas que descubrian el germen de la independencia; sus razones fueron apoyadas por otros individuos; i los conspiradores hubieron de desistir por entonces de aquel prematuro proyecto.

Convocada otra junta á consecuencia de haber recibido el Virei algunos pliegos de la de Asturias, relativos á manifestar sus primeros convenios con la Inglaterra, i acompañados con fuertes escitaciones para que se declarase contra el gobierno francés, desenvuelve en ella nuevas dudas, fundadas en la multiplicidad de poderes que se habian creado en la penínsu-

la. Fluctuando siempre el Virei entre el temor i la incertidumbre, se decide por llamar representantes de todos los pueblos del Vireinato; la Audiencia resiste segun costumbre la adopcion de aquellas peligrosas teorías; el Virei se irrita al ver una tan terca como laudable oposicion, i trata de hacer renuncia de su mando. El Real Acuerdo se dispone á admitirla, i se conviene en que el mariscal de campo don Pedro Garibai tome interinamente las riendas del gobierno. La mayoría del pueblo celebra con alborozo esta prematura noticia, pero su gozo fue de poca duracion. Estrechado el Virei por los individuos del ayuntamiento, desiste de su proyectada renuncia, hace venir mas tropas á la capital, nombra á don Felix Calleja gobernador de Veracruz, manifiesta desconfianza de los europeos, i despliega una energía desconocida hasta entonces.

Creció la inquietud pública; nadie podia adivinar el resultado de la violenta posicion de los negocios; no era menor el desasosiego que reinaba en las provincias; la animosidad entre criollos i europeos estaba echando profundas raices; el descontento se iba generalizando, los europeos desacreditaban al Virei, i éste trataba de sujetarlos, bien convencido de que habian de ser sus enemigos irreconciliables. Unos i otros representaban á la Metrópoli pintando la tortuosa conducta de sus respectivos antagonistas. Fácil era prever que esta agitacion i este choque violento de los partidos habia de tener una terminacion fatal al bien estar del pais. Los que habian decretado la deposicion del Virei necesitaban de un hombre de opinion i respeto para dar el golpe. Todos fijaron la vista en el español don Gabriel de Yermo, sugeto de bien conocida probidad i sano patriotismo. Apenas supo Yermo que en él se fundaban las esperanzas de los que deseaban conservar la indisoluble union entre Nueva España i la Metrópoli, aunque no se le ocultaba que los medios de la ejecucion habian de parar por un momento el curso regular de las leyes, i que tal vez aquel acto violento aflojaria los resortes de la subordinacion, se decidió finalmente por la arrojada empresa de atentar contra la primera autoridad. Para hacer mas suave i me-

nos escandalosa esta tropelía, prescribió ciertas condiciones que ponian en claro sus virtudes, capaces de hacer su apología, si alguna vez pudo merecerla el desacato i la violencia.

En la noche del 15 de setiembre se dió el golpe funesto contra el primer gefe del Estado; se desenvolvió el plan con la mayor felicidad, no se derramó sangre, i este fue el triunfo principal de aquel movimiento. Consecuente Yermo al espíritu de desinterés que se habia propuesto en aquella ocasion, tanto mas apreciable cuanto que su profesion de contratista i especulador debia alejarle de tan generosos desprendimientos, se retiró al seno de su familia, tan pronto como hubo instalado el nuevo gobierno en la persona del ya citado don Pedro Garibai.

El 21 del mismo mes salió el señor Iturrigarai para Veracruz con sus dos hijos. El pueblo, cuya tendencia es la de atropellar al caído sin indagar las causas de su desgracia, i pronto siempre á segundar los impulsos de la capital, mostró su encono contra el depuesto virei por todos los puntos de aquel tránsito; pero la resuelta escolta á la que estaba confiada su persona, lo salvó de todo peligro.

Salió la vireina de Méjico el 6 de octubre, i reunida en san Juan de Ulúa toda la familia, se hizo á la vela para España en el mes de diciembre, á bordo del navío san Justo, donde se habian embarcado ocho millones de pesos, procedentes de donativos i rentas de la Real hacienda, para socorrer á los ejércitos españoles.

Apenas hubo cesado Iturrigarai en sus funciones, se ocuparon los innovadores en recoger pruebas luminosas que justificasen la necesidad de aquel atentado. Mui agitada ha sido esta delicada cuestion; las opiniones han estado divididas acerca de la conducta del espresado virei; el ataque contra su persona no ha sido menos vigoroso que su defensa. El gobierno anduvo mui detenido en su juicio, ni se atrevió á dar un fallo injurioso á aquel individuo. Segun los informes que han sido presentados con un carácter mas positivo de imparcialidad, parece que Iturrigarai no hizo traicion ni á su Rei

ni á su patria; pero que su gobierno no estuvo exento de faltas i de errores: su debil condescendencia en lo interior de su familia comprometió mas de una vez su autoridad por la escandalosa prevaricacion de algunos de sus individuos; la falta de energía en los momentos que mas se necesitaba, la tibieza i desconfianza con que recibió las primeras noticias de la revolucion de España; su intempestiva aprehension de no ser posible contrarestar las victoriosas armas de Buonaparte; la impolítica intimidación con que se estrechó con las personas mas influyentes entre los americanos, su falta de prevision en favorecer el sistema de juntas populares, i su torpeza en haberse estrellado con el respetable partido de europeos, sin cuya cooperacion era imposible salvar la nave del Estado, son tantos lunares que aparecen en la vida pública del señor Iturrigarai.

No hai acontecimiento mas fatal en las sociedades cultas que el despojo violento del gefe del gobierno. Por mas que Hobbes i otros publicistas sancionen estos principios, seré yo su constante impugnador. El abuso de la fuerza, ó la torpeza en ejercerla, acarrea á veces males mui serios, pero pueden remediarse. La relajacion de los resortes de la obediencia, la insurreccion contra la autoridad legítima, el fatal ejemplo dado á un pueblo de ver premiada su rebeldía, deja terribles impresiones que dificilmente sabe borrar el curso de los tiempos. Los europeos de Méjico obraron indudablemente en el sentido de salvar la soberanía del Señor don Fernando VII. Si en ellos hubo algun desbarro, fue hijo del error i no de la malicia; pero ;cuánto mas glorioso habria sido su triunfo si lo hubieran conseguido por otros medios, i cuánto mas mérito refluiría sobre su celo i decision sin un choque tan violento i de tan pernicioso influjo!

Estos fueron los pasos preliminares de la revolucion que se desenvolvió en el año siguiente, de la que trataremos á su debido tiempo.